

# SUSAN ELIZABETH PHILLIPS



## LA PRIMERA ESTRELLA DE LA NOCHE

*Una novela de la serie Chicago Stars*



# LA PRIMERA ESTRELLA DE LA NOCHE

*Susan Elizabeth Phillips*

Traducción de María José Losada Rey

Título original: *First Star I See Tonight*

Traducción: María José Losada Rey

1.ª edición: febrero 2017

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-626-2

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

[Dedicatoria](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

En recuerdo de Cathie Linz: amante de los gatos y de los Beatles; de las botas rojas y los cumpleaños; de las bibliotecarias, los amigos y los buenos libros. Como cantó Paul, «Tú y yo tenemos recuerdos más largos que el camino que se abre ante nosotros». Gracias por el entusiasmo y el apoyo sin fin que ofreciste a tus colegas escritores. Y tus seres más cercanos te damos las gracias, sobre todo, por habernos dado a De.

# 1

La ciudad era suya. Cooper Graham poseía esa ciudad, y el mundo era perfecto. Al menos eso era lo que se decía a sí mismo.

Una morena con voz de gatita sexy se arrodilló ante él y le rozó el muslo desnudo con su larga melena oscura.

—Esto es para que no te olvides de mí —ronroneó ella.

La punta del rotulador Sharpie le hizo cosquillas en la cara interna del muslo mientras miraba la parte superior de la cabeza de la chica.

—¿Cómo iba a olvidarme de una mujer tan hermosa como tú?

—Será mejor que no lo hagas. —La vio apretar los labios contra el número de teléfono que había escrito con tinta negra en su pierna. Tardaría una eternidad en conseguir que desaparecieran aquellas cifras, pero apreciaba a sus admiradores; por eso no la había apartado.

—Lamento no poder quedarme a charlar contigo —le dijo educadamente a la joven mientras la ayudaba a levantarse—, pero tengo que seguir entrenando.

Ella llevó las manos con reverencia a los lugares que él había tocado.

—Puedes llamarme en cualquier momento del día o de la noche.

Coop le brindó una sonrisa mecánica antes de seguir trotando por la ruta pavimentada que recorría la costa del lago Michigan por debajo del magnífico *skyline* de Chicago. Era el hombre más afortunado del planeta, ¿verdad? Claro que sí. Todo el mundo quería ser su amigo, su confidente, su amante... Incluso los extranjeros sabían quién era. Berlín,

Nueva Delhi, Osaka... Daba igual. No había nadie que no conociera a Cooper Graham.

Dejó los embarcaderos de Burnham Harbor a la derecha. Era septiembre, por lo que los barcos saldrían pronto del lago pero, por el momento, se balanceaban anclados a los muelles. Aceleró el paso, asegurándose de que sus zapatillas de correr botaban sobre el camino frente al lago con un ritmo perfecto. La coleta rubia de una mujer se balanceaba delante de él en la pista de *running*. Piernas fuertes. Buen culo. Desafío cero. La adelantó sin alterar su suave cadencia.

Era un buen día para ser Cooper Graham, aunque todos los días lo eran. Se podía preguntar a cualquiera. La bandada de gaviotas que sobrevolaba la costa de Chicago bajaba las alas en su honor. Las hojas de los gigantescos robles que daban sombra al sendero se agitaban como si estuvieran aplaudiéndole de forma frenética. Incluso los pitidos de los taxistas que iban a la carrera por Lake Shore Drive lo alentaban. Adoraba esa ciudad, y ella lo adoraba a él.

El hombre que corría delante de él poseía la fisonomía de un atleta y avanzaba a buen ritmo.

Aunque no lo suficiente.

Le adelantó. Aquel tipo no aparentaba ni treinta años; Coop tenía treinta y siete y su cuerpo estaba un tanto deteriorado tras una larga carrera como jugador de fútbol americano, pero no lo suficiente como para dejar que nadie le superara. Cooper Graham había hecho el *draft* con los Oklahoma State, donde lo habían fichado los ojeadores de Houston. Tras ocho años como *quarterback* titular en los Miami Dolphins, se había convertido en el fichaje millonario de los todopoderosos Chicago Stars, a los que, después de tres temporadas, había impulsado a ganar el anillo de diamantes de la Super Bowl. Una vez que tuvo en su dedo aquel ansiado trofeo, hizo lo más inteligente y se retiró cuando todavía seguía en lo más alto. Y era lo mejor que había podido hacer: abandonar el juego antes de convertirse en uno de esos patéticos deportistas que trataban de aferrarse de forma desesperada a sus días de gloria.

—¡Hola, Coop! —le saludó un corredor que se acercaba en dirección contraria—. Los Stars van a echarle de menos este año.

Coop le devolvió el saludo poniendo el pulgar hacia arriba.

Los tres años que había estado con los Stars habían sido los mejores de su vida. Era posible que sus raíces estuvieran en las tierras de Oklahoma, podía haber madurado en Miami, pero había sido en Chicago donde había demostrado su valía. El resto era historia del fútbol americano.

—¡Coop! —La preciosa morena que venía directa hacia él apenas logró mantener el equilibrio cuando lo reconoció.

Él le ofreció su sonrisa para fans.

—Hola, cariño. Estás muy bien.

—No tanto como tú.

Su cuerpo había sufrido duros golpes en los últimos años, sin embargo seguía siendo fuerte, con los mismos reflejos rápidos y la actitud ganadora que había llamado la atención durante su época universitaria. Y la atención que recibía entonces solo se había hecho más intensa con el paso de los años. Era posible que se hubiera retirado del fútbol profesional, pero eso no quería decir que su juego no fuera el mejor, aunque ahora lo desarrollaba en un nuevo campo, uno que estaba decidido a conquistar.

Corrió dos kilómetros. Y dos más. Solo los ciclistas eran más rápidos que él. Los demás eran sus cortesanos, despejando el camino para que él lo disfrutara esa tarde de septiembre. Nadie podía igualarlo, ni los jóvenes *brokers* que movían la bolsa de Chicago ni las ratas de gimnasio llenas de tatuajes que presumían de bíceps.

Superó con éxito dos kilómetros más y un corredor fue capaz de seguir finalmente su ritmo. Era joven. Quizás universitario. Se sintió provocado y aceptó el reto. Nadie le superaba. Y eso era todo.

El joven lo miró de reojo y, cuando vio quién estaba junto a él, casi se le salieron los ojos de las órbitas. Coop apretó los dientes y siguió corriendo, dejándolo atrás.

«¿Viejo yo? Ni hablar.»



Oyó unas pisadas a su espalda. Otra vez el mismo muchacho, que se puso a su altura como si quisiera pavonearse.

«Hoy me encontré a Coop Graham haciendo *footing* y le di una buena lección.»

«Olvídalo, nene. Eso no va a pasar.»

Aceleró. No era de esos jugadores idiotas que se creían que los Stars habían ganado el anillo de la Super Bowl gracias a él, pero era plenamente consciente de que no podrían haberlo hecho sin su ayuda. Y eso era así porque, por encima de todo, era un ganador nato.

Ahí estaba de nuevo aquel joven. Era alto y flaco. Con piernas y brazos como palillos, demasiado largos para su cuerpo. Debía de tener quince años menos que él, pero eso no era una excusa, así que apuró el paso. Cualquiera que dijera que ganar no lo era todo es que estaba loco. Ganar era lo único importante, y cada una de las veces que había perdido había sido tóxica para él. Sin embargo, no importaba lo mucho que perder le hiciera hervir por dentro, siempre se conducía como un deportista modélico: autocrítico, galante al elogiar al adversario, sin quejarse por los insultos, los compañeros de equipo, los ineptos o las lesiones. No importaba lo amargos que fueran sus pensamientos, cada palabra venenosa moría en su boca, jamás la dejaba salir. Los lloriqueos era lo que distinguía a los auténticos perdedores. Pero, ¡joder!, odiaba perder. Y no iba a ocurrir en ese momento.

El joven poseía una zancada larga y constante. Demasiado larga. Él entendía el arte de correr de una forma que no lo hacía ese joven, por lo que era capaz de reprimir el impulso de dar pasos demasiado largos. No era estúpido. Los corredores estúpidos acababan lesionándose.

De acuerdo, sí era estúpido. Un punzante dolor le abrasaba la espinilla derecha, tenía la respiración demasiado agitada y le palpitaba la cadera mala. Su mente le susurró que no tenía que demostrar nada. Pero no podía permitir que ese muchacho le ganara; no estaba preparado para ello.

El trote se convirtió en una carrera. Había luchado contra el dolor durante toda su vida profesional y no iba a ceder ahora ante él. Y menos el primer septiembre después de retirarse, mientras sus antiguos compañeros se partían el culo ejecutando simulacros para estar a punto un domingo más. No pensaba ser como otros jugadores retirados, que se contentaban con disfrutar de su dinero mientras se ponían cada vez más gordos y ociosos.

Diez kilómetros. Lincoln Park. El joven estaba de nuevo a su lado. Le ardían los pulmones, la cadera le mataba y tenía las espinillas en llamas. Comenzaba a sufrir síndrome de sobrecarga tibial, el más vulgar de los calambres en las piernas, pero no había nada ordinario en esa clase de dolor.

Dejó atrás al joven, pero este volvió a alcanzarlo. Lo hizo rezagarse de nuevo, pero el muchacho lo atrapó una vez más. Estaba diciéndole algo. Él lo ignoró. Bloqueó el dolor como hacía siempre, concentrándose en seguir moviendo las piernas, en aprovechar cada molécula de aire que entraba en sus pulmones. Su objetivo era ganar.

—¡Coop! ¡Señor Graham!

«¿Qué cojones...?»

—¿Podría... hacerme... un... *selfie*... con... usted? —jadeó el joven—. Es... para... mi... padre.

¿Solo quería hacerse un *selfie* con él? Sudaba por cada poro de su piel. Sus pulmones estaban a punto de explotar. Disminuyó la velocidad, y el muchacho le imitó hasta que los dos se detuvieron. Coop quiso tirarse al suelo para acurrucarse en posición fetal, pero el joven seguía de pie, y antes se pegaría un tiro en la cabeza que ceder delante de él.

Una gota de sudor le resbaló por el cuello.

—Supongo que no debería... interrumpir su entrenamiento... aunque... significaría mucho... para mi padre.

La respiración del joven era casi tan jadeante como la de él, pero la disciplina aprendida tras quince años en la NFL hizo que Coop esbozara una sonrisa.

—Por supuesto. Hazle feliz.

El muchacho sacó el móvil del bolsillo y lo colocó en la mano mientras le contaba que su padre y él eran sus mayo-

res fans. Coop se concentró en hacer funcionar sus pulmones. El joven resultó ser un atleta de primera división, lo que le hizo sentirse un poco mejor. Tendría que ponerse hielo en la cadera durante un par de días, claro está, pero ¿qué más daba? Había nacido para ganar.

Así y todo, seguía siendo un buen día para ser Cooper Graham.

Salvo por aquella molesta mujer.

La volvió a ver en el Museum Campus cuando regresó a recoger el coche. Allí estaba, sentada en un banco, fingiendo leer un libro.

El día anterior ella se había disfrazado de sin techo, con el pelo blanco. Sin embargo, hoy llevaba unos pantalones cortos negros, mallas y camiseta larga, lo que la hacía parecer una estudiante del Art Institute. No veía su coche, pero no le quedaba ninguna duda de que estaba estacionado en algún lugar no muy lejos de allí. Si no se hubiera fijado en aquel Hyundai Sonata de color verde oscuro con el intermitente trasero roto —uno que había aparecido aparcado en las cercanías demasiadas veces durante los últimos cuatro días—, no se hubiera dado cuenta de que estaban siguiéndole. Pero ya estaba hartó.

Sin embargo, cuando se dirigió hacia ella, se interpuso un autobús. Quizás aquella mujer tuviera un radar, porque se subió al transporte urbano, y él perdió la oportunidad de atraparla. No le molestó demasiado; estaba bastante seguro de que volvería a verla.

Y así fue. Dos noches después.

Piper cruzó la calle hacia la entrada de Spiral, la discoteca que Cooper Graham había abierto en julio, seis meses después de retirarse de los Chicago Stars. La ligera brisa de septiembre le rozaba las piernas desnudas y se colaba por debajo de la falda del vestido negro, corto y sin mangas. Lo llevaba encima del que debía ser su penúltimo conjunto de ropa interior limpia. Le tocaba poner ya la lavadora, pe-

ro por ahora lo único que le importaba era captar cada movimiento de Cooper Graham.

Le picaba el cuero cabelludo; había escondido su pelo, corto y oscuro, debajo de una peluca morena que había encontrado en una tienda de segunda mano. Rezó para que la larga melena negra, el vestido de escote redondo, el *eyeliner* que hacía que sus ojos parecieran los de un gato, el lápiz de labios color escarlata y el sujetador *push-up* fueran el impulso que necesitaba para traspasar a la forma de vida primitiva que vigilaba la puerta de Spiral. Un obstáculo que no había logrado vencer en los últimos dos intentos.

Esa noche estaba de guardia el mismo portero. Tenía la forma de un torpedo del siglo XIX: cabeza gorda, cuerpo alargado y dedos extendidos como aletas. La primera vez, la había despedido con un gruñido al tiempo que dejaba traspasar las puertas dobles de bronce a un par de rubias de bote. Ella, por supuesto, lo había desafiado.

—¿Qué quiere decir que está lleno? A ellas las has dejado pasar.

Él había mirado su corto pelo oscuro, su mejor blusa blanca y sus vaqueros con los ojos entrecerrados.

—Justo lo que he dicho: que está lleno.

Eso había sido el sábado anterior por la noche. Piper no podría llevar a cabo su trabajo a menos que entrara en Spiral, pero dado que el club solo abría cuatro noches a la semana, no había podido volver a intentarlo hasta el día anterior. A pesar de que se había peinado y puesto una blusa y una falda, no había impresionado al gorila en lo más mínimo, y eso significaba que había tenido que elevar las apuestas. Así que había comprado aquel vestidito negro en H&M y cambiado sus cómodas botas por unos tortuosos tacones de aguja, que había combinado con un diminuto *clutch* de su amiga Jen. La cartera no era lo suficientemente grande para contener otra cosa que el móvil, un carnet de identidad falso y un par de billetes de veinte dólares. El resto, todo lo que la identificaba correctamente como Piper Dove, estaba a salvo en el maletero de su coche: el portátil; una bolsa de lona en la que llevaba los sombreros, gafas de

sol, chaquetas y bufandas que utilizaba con los disfraces; y un dispositivo de aspecto semiobsceno llamado Tinkle Belle que le evitaba tener que buscar un baño.

Spiral, que recibía ese nombre por el largo pase en espiral que era la marca de la casa de Cooper Graham, se había convertido en la discoteca de moda en Chicago, y siempre había cola detrás de los cordones de terciopelo. Cuando se acercó a cabeza de torpedo, contuvo el aliento, enderezó los hombros y elevó los pechos.

—Esta noche pareces ocupado, jefe —le arrulló con el falso acento británico que había estado ensayando.

Cabeza de torpedo se fijó primero en sus pechos, luego en su cara y, por fin, dejó caer la barbilla para tomar nota de sus piernas. Aquel hombre era un cerdo. Bien. Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa que dejó al descubierto los dientes blancos y rectos en los que su padre se había gastado miles de dólares cuando ella tenía doce años, a pesar de que le había rogado que utilizara el dinero para comprarle un caballo. Ahora, que ya había cumplido treinta y tres, el caballo seguía pareciéndole mucho mejor opción.

—No dejes de sorprenderme de lo grandes que son los hombres estadounidenses. —Con la punta del dedo índice, se subió las gafas de estilo *vintage* que había añadido al disfraz en el último minuto para disimular todavía más su apariencia.

Él la miró de soslayo.

—Me mantengo en forma.

—Es... obvio. —Deseó poder estrangular a aquel capullo con el cordón que impedía el paso a Spiral.

Por suerte, la dejó acceder al lujoso interior negro y dorado del club.

A Piper jamás le habían gustado las discotecas, ni siquiera cuando tenía veinte años. La alegría desbordada que se manifestaba en su interior la hacía sentirse de alguna forma apartada, desconectada. Pero en esa ocasión se trataba de trabajo, y Spiral, a pesar de su megafamoso propietario, no era más que una discoteca normal y corriente. El lugar estaba diseñado de forma inteligente y, además de las dos pis-

tas de baile, había también otros espacios para hablar o ligar sin tener que gritar por encima de la música para hacerle entender. Taburetes de cuero móviles y rincones más privados con sus mesitas de cóctel, en forma de cubo suavemente iluminado, estaban ya a rebosar con la multitud que llenaba el local la noche del jueves. El DJ de turno ocupaba un *stand* situado sobre una de las pistas de baile, donde los colores apagados se fundían y movían como amebas calientes.

Pidió una bebida en la barra central; un Sprite por el que le cobraron seis dólares. Por encima de ella flotaba un techo formado por barras LED que parecía un OVNI dorado. Observó durante un rato al camarero y luego se abrió paso a través de la multitud hasta un rincón apartado entre un par de apliques de pared —en color bronce y con forma de carámbano—, desde donde planeaba vigilar al anfitrión en cuanto hiciera acto de presencia.

Un tipo flaco, con el pelo engominado y una botella de cerveza Miller Lite en la mano, se colocó delante de ella, ocultándole la vista.

—No me encuentro bien. Creo que necesito *vitamíname*.

—Piérdete.

Él pareció dolido.

—Espera... —Lo detuvo al tiempo que lanzaba un suspiro.

La expresión del hombre se volvió patéticamente esperanzada. Ella se ajustó las gafas y siguió hablando con mucha más amabilidad.

—La mayoría de las frases para ligar que encuentras en internet son demasiado idiotas. Te iría mejor si solo dijeras «hola».

—¿Eres real?

—No, soy una fantasía.

—Zorra —le dijo con los labios apretados.

Eso por intentar ser amable.

El joven se alejó en busca de una presa más fácil. Ella tomó un sorbo de Sprite. Cabeza de torpedo había dejado el

puesto de portero y ahora ejercía de gorila. Su especialidad parecía ser conversar con rubias de piernas largas.

La sala VIP del local se encontraba en una entreplanta abierta. Forzó la vista intentando localizar allí a su objetivo, pero él no se encontraba entre las personas que estaban sentadas cerca de la barandilla dorada. Tenía que conseguir subir allí, pero un guardia rubio se había situado en la parte inferior para mantener alejada a la chusma entre la que, por desgracia, estaba incluida ella. Frustrada, se abrió paso entre la gente y se dirigió sobre los tacones al otro lado. Fue entonces cuando lo vio.

Cooper Graham destacaba como un faro en una fábrica de velas incluso en medio de una multitud. Era tan masculino que resultaba ridículo. Más que ridículo. Era el Santo Grial de los hombres, con aquel espeso pelo castaño con las puntas decoloradas en color miel. Tenía la mandíbula cuadrada, los hombros anchos y el consabido hoyuelo en la barbilla, era un cliché tan típico que casi daba vergüenza. Vestía su uniforme habitual: camisa perfectamente abotonada, vaqueros y botas de cowboy. En cualquier otra persona, usar en Chicago botas de cowboy sería un símbolo de amaneramiento, pero él había nacido y crecido en un rancho de Oklahoma. Sin embargo, a ella no le gustaban aquellas botas, ni las largas y musculosas piernas que parecían surgir de ellas y, como fiel seguidora de los Chicago Bears, tampoco le gustaba el equipo en el que había jugado. Piper había tenido que trabajar muy duro para conseguir cada centavo a diferencia del arrogante, egoísta y privilegiado ex *quarterback* de los Stars y de su larga lista de amiguitas procedentes del mundo del cine.

Llevaba casi una semana siguiéndolo y él había acudido a la discoteca todas las noches que estuvo abierta, aunque dudaba que esa actitud se prolongara mucho tiempo más. Las celebridades que poseían discotecas tendían a desentenderse de sus negocios cuando había que enfrentarse a la rutina del trabajo real.

Vio que Graham estaba haciendo una ronda típicamente masculina de palmaditas en la espalda y coqueteos con to-